VII BIENAL NACIONAL DE CRÓNICAS
ANTONIO CRESPO MELÉNDEZ
CRÓNICA - 2025

EL RITUAL

Aleannys María Argüello López



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

El Ritual

VII Bienal Nacional de Literatura
Antonio Crespo Meléndez
Mención: Crónica
GANADOR 2025

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

El Ritual
© Aleannys María Argüello López

Diseño de colección
José Gregorio Vásquez

Corrección
Nagdy Guevara Valecillo

Diagramación
Odalis Vargas

Ilustraciones
Creadas por Aleannys María Argüello López mediante el uso de inteligencia artificial (ChatGPT / DALL-E).

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio. Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal n.º DC2026000493
ISBN 978-980-01-2630-1

Aleannys María Argüello López

El Ritual



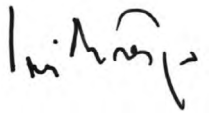
VII BIENAL NACIONAL DE LITERATURA
ANTONIO CRESPO MELÉNDEZ 2025

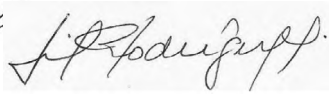
VEREDICTO

El Jurado de la VII Bienal Nacional de Literatura Antonio Crespo Meléndez, luego de la deliberación definitiva, habiendo leído y analizado las 31 crónicas enviadas al Centro Nacional del Libro de Venezuela, y constituido este jurado por su presidente Luis Alberto Crespo, por Audio Cepeda y Lil Rodríguez, otorgan por unanimidad el galardón a la crónica *El Ritual*. Al abrir la plica, la obra pertenece a la autora Aleannys María Argüello López. *El Ritual* es una crónica en su exacta dimensión. Se introduce magistralmente en un tema que toca tangencialmente lo católico, el imaginario colectivo popular venezolano, y lo africano, algo que pareciera dar pena a más de uno en nuestro país en el que reconocemos a África como Madre, pero solo de palabras. El tratamiento en este texto involucra no solo la parte literaria, perfecta en su narrativa, sino a una parte social usualmente soslayada, tratada como «algo ahí» sin tomar en consideraciones no solo a la parte africana que compete, y cómo, a nuestro país, sino a la diversidad cultural consagrada en nuestra Constitución y que no admite más invisibilizaciones. El Negro Felipe al que se alude en la crónica hace parte del imaginario espiritual popular venezolano y está estrechamente vinculado a lo que significó el esclavismo y la lucha de los esclavizados por liberarse. El Negro Miguel y José Leonardo Chirino hacen parte de un imaginario que no pareciera tan imaginario, sino una realidad no reflejada con exactitud por la historiografía

oficial. La persona que escribe esta crónica ratifica la máxima de García Márquez: Una crónica es un cuento que es verdad y según el relato, esto le aconteció. Es un excelente reflejo de una diversidad cultural en Venezuela construida con dolor, mucho dolor e intensidad.

Firman los jurados, a los 14 días del mes de octubre de 2025.





Luis Alberto Crespo Audio Cepeda Lil Rodríguez

Primera parte

El Ritual

El Ritual

Hubo un tiempo en que mi madre no era cristiana. Antes de encontrar en las cruces y los rezos el consuelo que buscaba, nos llevaba a mis hermanas y a mí a ceremonias de santería. Recuerdo aquellas reuniones como un umbral a otra dimensión: el humo espeso de los tabacos, las luces bajas que parpadeaban como si respiraran, y los tambores, golpeando el aire con la fuerza de un segundo corazón.

Yo era apenas una adolescente, pero el miedo me causaba morbo y la fascinación me quemaba las entrañas cada vez que entrábamos a aquella sala cargada de incienso, humo y tensión en el aire. Había algo ancestral, algo que retorcía la realidad y me obligaba tanto a mirar como a involucrarme, como un imán que me quería unida a lo que eso fuera. En esos rituales, la fe y el espanto se fundían en un solo latido.

De todas las figuras que aparecían allí, recuerdo especialmente a una mujer mayor. Flacucha, de rostro cansado, casi una sombra. Afuera era como cualquier otra madre de barrio, pero dentro de esas paredes se convertía en otra cosa. Un portal. Cuando los santos «bajaban» y tomaban su cuerpo, era como si la carne misma se transformara: su voz cambiaba, sus ojos se volvían ajenos, su postura distaba de ser la de una mujer de su edad y sus gestos se retorcían como serpientes bajo la piel, también como un títere al que le indican las cuerdas cómo moverse.

Uno a uno, los espíritus llegaban para hablar a través de ella. Decían verdades que dolían y secretos que nadie había confesado. Yo observaba desde una esquina, con el corazón en la garganta, y cada vez que sus ojos se posaban en mí, el frío me calaba los huesos. No sé a qué le temía, era una

adolescente normal, con las típicas travesuras y mentiritas de la gente de mi edad… ¿Qué podía salir mal?

Pero entonces, aquella noche fue muy diferente.

Era mi turno. Un turno que ninguna noche me había tocado, un turno que jamás había pedido. Ella se inclinó hacia mí con un brillo extraño en los ojos. Pero de pronto, como si algo la hubiera atravesado, retrocedió un poco, como si alguna barrera le hubiese impedido acercarse del todo, cayó al suelo y se sacudió en espasmos violentos. El aire pareció partirse en dos. Cuando se levantó, ya no era la misma.

El santo que había bajado era el Negro Felipe. Todos en la sala se sorprendieron, no era común que él llegara sin antes ser invocado. Su voz, profunda y seductora, surgía de la garganta de esa mujer frágil con una fuerza que helaba la sangre. Caminó hacia mí, olfateando algo más allá de mi piel, y sonrió con una boca que ya no era la suya.

—Tú… tú tienes fuego en los dedos, niña —dijo mientras encendía un tabaco y lo fumaba con ansias—. Escribes. Nadie lo sabe, pero tú lo haces.

Me quedé paralizada. Nadie, ni siquiera mi madre, conocía ese secreto. Era mío. O eso creía.

—Te vi antes de llegar —continuó, soltando el humo que giraba en el aire como un susurro—. Estás destinada a hablar de lo que no todos se atreven. De mí. Vas a escribir sobre mí, y yo… yo me quedaré contigo.

El silencio en el cuarto se volvió tan denso como el humo. Nadie se atrevió a pronunciar palabra. Las velas temblaban, como si también ellas escucharan. Ella caminó hacia el altar, tomó una botella de ron y bebió de la misma hasta consumir

casi la mitad, algo sorprendente para cualquier ser humano, sobre todo alguien de su edad.

Con un par de halagos más se despidió, pidiendo que no lo molestaran, que había venido exclusivamente por su escritora estrella. Me sentí observada, escudriñada, juzgada… y sin más, desapareció del interior de aquella mujer para dar el cierre al ritual.

Desde aquel día, nunca volví a ser la misma. Porque cada vez que escribo, siento esa voz cerca. No es un recuerdo: es un murmullo que me dicta historias desde la oscuridad. A veces me convenzo de que es solo mi imaginación. Pero otras, cuando el humo de mis propias palabras se arremolina en el aire, sé que el Negro Felipe sigue aquí, detrás de cada letra.

Y me pregunto: ¿cuánto de lo que escribo es mío… y cuánto le pertenece a él?

Segunda parte

END: Ellos no duermen

Los monstruos no solo habitan debajo de la cama



La noche había caído sobre el hospital como un telón pesado. No había pacientes gritando, ni médicos corriendo.

Solo un silencio denso que parecía escucharse a sí mismo. La electricidad había fallado hacía horas, pero el ambiente se mantenía extrañamente fresco, como compensando la falta, como si las paredes hubiesen absorbido la frescura para abrigarnos justo en ese momento de «descanso».

El dormitorio que compartía con las enfermeras estaba en penumbra, apenas iluminado por la luz de emergencia que parpadeaba intermitente desde el pasillo. Éramos cuatro en total, distribuidas en literas viejas de metal que crujían al más leve movimiento. Nadie hablaba. El cansancio nos había ganado. El día había sido tan pesado que no nos dejó energías ni para chismear.

Me acosté, como siempre, con los pies fuera de la cama. Nunca me ha gustado dormir completamente cubierta. Un hábito. Una tontería, pues de niña nunca temí el tan aterrador monstruo que habitaba bajo la cama.

Fue entonces cuando lo sentí en ese vaivén de mis ojos, ansiosos por finalmente cerrarse cual ventana: una mano fría, unos cuantos toques que se sintieron helados en mis pies, incluso más allá de mis calcetas. Abrí los ojos de golpe, asumiendo que había llegado un caso que atender y por ello habían venido a despertarme. No había nadie. Me incorporé, revisé alrededor. Todo normal. Mis compañeras dormían profundamente, respirando con calma, totalmente ajenas a mi conmoción.

Suspiré, aún con el corazón levemente intranquilo y volví a acostarme. Tal vez fue un sueño muy vívido, pensé para mí. Nada más. Pero algo dentro de mí había despertado. Un miedo irracional que desconocía, que jamás había experimentado.

Minutos después, mientras luchaba por quedarme dormida, sentí un calambre fuerte en las piernas. Intenté

moverlas... y entonces el verdadero terror se sentó encima de mí.

Literalmente.

Una presión helada, del tamaño promedio de un niño pequeño, aplastó mis piernas. No pude gritar. No pude moverme. Solo podía sentir. El peso. El temblor en mis huesos. El roce gélido de algo —o alguien— sentado allí, respirando sobre mí.

No lo vi. Pero lo sentí. Y lo escuché. Una respiración corta, infantil… rota. Como la de alguien que llora, pero no quiere que lo descubran.

Quise gritar, pero mi voz se había evaporado.

El reloj marcaba las 3:17 a. m. cuando por fin la presión desapareció. No dormí. No podía. Solo esperé, con los ojos abiertos y el alma temblando, a que el sol saliera y me salvara.

Al día siguiente, pregunté discretamente a una enfermera vieja, una de esas que ha visto de todo. Me miró, seria, y dijo:

—A veces los que mueren aquí no se van del todo. A veces, solo buscan a alguien que los escuche.

Desde entonces, nunca más volví a dormir con los pies fuera de la cama, aunque los monstruos no habitaran precisamente debajo de ella.

Trenzas



Tenía apenas nueve años cuando sucedió.

Un cortocircuito repentino indujo un incendio que nos dejó sin servicio eléctrico no sé por cuánto tiempo. Las

noches eran una tortura. El calor sofocante nos envolvía y los zancudos parecían festear con nuestra sangre.

Esa noche, recuerdo que mi mamá me pidió que fuera al cuarto a buscar el repelente. Yo nunca le había temido a la oscuridad. Había jugado a las escondidas mil veces entre sombras. Pero esa noche… algo era distinto. El silencio era espeso, incómodo e incluso en mi inocencia, podía sentir algo más allá que traté de ignorar.

Entré al cuarto tanteando con las manos, guiada solo por la memoria. Sentí la forma familiar del frasco entre mis dedos, justo donde pensé que estaría. Sonreí con alivio, pero apenas iba a dar la vuelta cuando algo tiró de mis trenzas.

No fue un roce, no fue mi imaginación. Fue un tirón fuerte, brusco, como si alguien hubiera querido detenerme. Grité ahogada, giré sobre mis pies buscando al culpable… y no había nadie. Solo oscuridad.

El corazón me latía con fuerza en los oídos. Mis manos temblaban mientras buscaban algo, lo que fuera. Fue entonces cuando lo oí.

¡Creeek!

El crujido inconfundible de mi cama metálica. Esa cama que solo sonaba así cuando alguien se lanzaba sobre ella. Me quedé paralizada. Sabía, con cada fibra de mi ser, que no había nadie más conmigo, mis hermanas jamás entrarían al cuarto sabiendo lo oscuro que está, no eran tan valientes como yo.

Sentí un escalofrío recorrerme desde los pies hasta el cuero cabelludo. Estaba congelada, atrapada entre el impulso de correr y el terror de moverme y encontrarme con algo terrible.

Entonces reaccioné. Corrí. Salí del cuarto tropezando con las paredes, el corazón golpeando como tambor.

—¡Mamá! ¡Hay alguien en el cuarto! —le dije jadeando.

Ella me miró confundida, como si estuviera dudando entre creerme o no, para los padres, nosotros siempre tenemos una gran imaginación. Pero tomó la linterna sin decir palabra y caminó conmigo de regreso.

Entramos. Ella iluminó cada rincón. No había nadie.

Solo el silencio.

Hasta que lo vimos.

En la cama… las marcas. Hundimientos frescos en el colchón, como si alguien se hubiera lanzado ahí hacía apenas unos segundos. Las sábanas arrugadas, el aire escalofriante.

Mamá no dijo nada. Me tomó la mano con más fuerza y apagó la linterna.

Esa noche no dormí.

Y tampoco las siguientes.

Jeroglíficos



A veces, cuidar casas vacías puede parecer inofensivo. Pero algunas no están realmente vacías.

Algunas están esperando.

La casa que mi mamá y yo cuidábamos pertenecía a unos familiares lejanos. Nadie vivía allí desde hacía años, y aún se sentía el eco de los antiguos dueños, quienes, según rumores, practicaban santería. Al fondo del patio había un anexo sin puerta. Allí, en ese rincón oculto, descansaba el altar. O mejor dicho… dormía.

Dormía, hasta que lo miré.

Mi mamá, incómoda con la energía del lugar, decidió cubrir el anexo con una cortina gruesa para no tener que ver el altar cada vez que pasáramos. Pero eso solo era un velo débil frente a lo que allí se ocultaba.

Un día, una vecina curiosa vino de visita. Quería ver el altar. Quería satisfacer ese morbo disfrazado de interés.

Mi mamá, dudosa, aceptó.

Alzó la cortina. Y en ese instante, algo me obligó a mirar.

No fue un impulso. Fue una orden. Una fuerza invisible me giró la cabeza como si no me perteneciera.

Y mis ojos se clavaron en la pared del fondo, justo detrás del altar.

Allí estaban.

Diez símbolos tallados a fuego.

Jeroglíficos antiguos, imposibles, vivos.

No eran solo dibujos. Eran ojos que me miraban de vuelta.

Los entendí sin saber cómo. Uno a uno, se me grabaron en la mente como marcas al rojo vivo.

Advertencias. Condiciones. Maldiciones. No sabría cómo nombrarlas.

«No entres si no te han llamado».

«No hables si no te han preguntado».

«No mires al que no respira».

Cada regla era más inquietante que la anterior.

Pero fue la décima… la última… la que me rompió.

Cuando la leí, sentí que algo se arrastraba por dentro de mí. Una sombra que no venía de afuera.

Venía de mis entrañas.

Como si al entender esa última advertencia, hubiese permitido que algo se abriera.

Y entonces todo se volvió negro.

No me desmayé. Me hundí.

Fue como caer en un pozo lleno de voces susurrantes, rezos antiguos, lamentos de otros que también leyeron lo que yo leí.

Mi mamá dijo que estuve rígida como piedra. Que mis ojos se pusieron en blanco. Que hablé en un idioma que no era este.

Cuando volví en mí, sentía el cuerpo frío… pero por dentro me ardía.

Desde entonces, los símbolos aparecían en las paredes de la casa. En mis sueños. En mi piel.

Los escribía sin darme cuenta. Los leía sin querer. Y a veces, los entendía demasiado.

He buscado explicaciones. No hay. Solo sé que el décimo símbolo no decía una advertencia.

Era una sentencia:

«Si puedes leer esto, ya formas parte de nosotros».

Y desde ese día, cuando paso frente a espejos, a veces, no soy yo quien me devuelve la mirada.

Alguien debajo de la cama quiere jugar



Lavarse el cabello de noche no debería ser un problema.

Pero esa noche, lo fue.

Estábamos acostadas, mis hermanas, unas primas y yo, todas metidas en el cuarto hablando de cualquier cosa mientras el calor hacía lo suyo. Yo tenía la cabeza envuelta en una toalla húmeda, como de costumbre después de lavarme el pelo. Nada raro. Todo normal.

Hasta que dejó de serlo.

Un sonido extraño nos hizo alarmar de golpe.

Como algo… arrastrándose. No sobre el piso, sino debajo de la cama.

Primero fue como una roca. Después, algo como pequeñas carreras desordenadas, veloces. El tipo de movimiento que uno no asocia con algo humano… o animal.

Me quedé congelada.

Justo entonces sentí un tirón seco en la cabeza.

La toalla. Mi toalla.

Al principio pensé que alguna de mis primas estaba jugando, pero todas estaban frente a mí.

—¡Me están jalando! —grité, con el corazón en la garganta.

—¡¿Qué cosa?!

—¡¡¡La toalla!!!… ¡¡¡debajo de la cama!!!

Nos lanzamos varias a agarrarla, forzando contra una fuerza invisible que halaba con decisión, con violencia, como si quisiera arrastrarme a mí también.

No sabíamos qué hacer. Solo gritábamos. Y tiramos. Y llorábamos.

Hasta que lo soltamos… o nos soltó.

La toalla desapareció debajo de la cama.

Así. En un segundo. Como si algo la hubiera devorado.

Ya no dijimos nada más.

Nos miramos, sabiendo que ahí no había nadie. Nadie vivo, al menos.

Salimos corriendo del cuarto. No dormimos esa noche. Y si alguno lo intentó, seguro escuchó pasos diminutos caminando por debajo del colchón.

La última fiesta



Desde los dieciséis años trabajaba como animadora de fiestas infantiles. Trajes coloridos, pelucas llamativas, maquillaje chillón… era parte del *show*. Aunque agotador, me gustaba

la alegría que se respiraba en esos eventos. Esa tarde no fue diferente: globos, juegos, gritos felices. Pero ya no me quedaba energía ni para sonreír.

Al terminar, los dueños de la casa me ofrecieron un cuarto para cambiarme. Acepté agradecida. El lugar era sencillo, con una cama sin vestir, un espejo antiguo y una ventana corrediza que daba a lo que parecía otro cuarto. Me quité la peluca, empecé a desmaquillarme, y justo en ese momento, la vi.

Una niña, de unos seis o siete años, me observaba desde la habitación del otro lado de la ventana. Me sonreía, tranquila. No me asustó. Era común que los niños se metieran donde no debían. Le devolví la sonrisa y continué vistiéndome.

Pasaron unos minutos. La niña seguía ahí, inmóvil, mirándome. Cuando salí del cuarto, con el uniforme ya guardado en la mochila, me acerqué a una de las señoras de la casa.

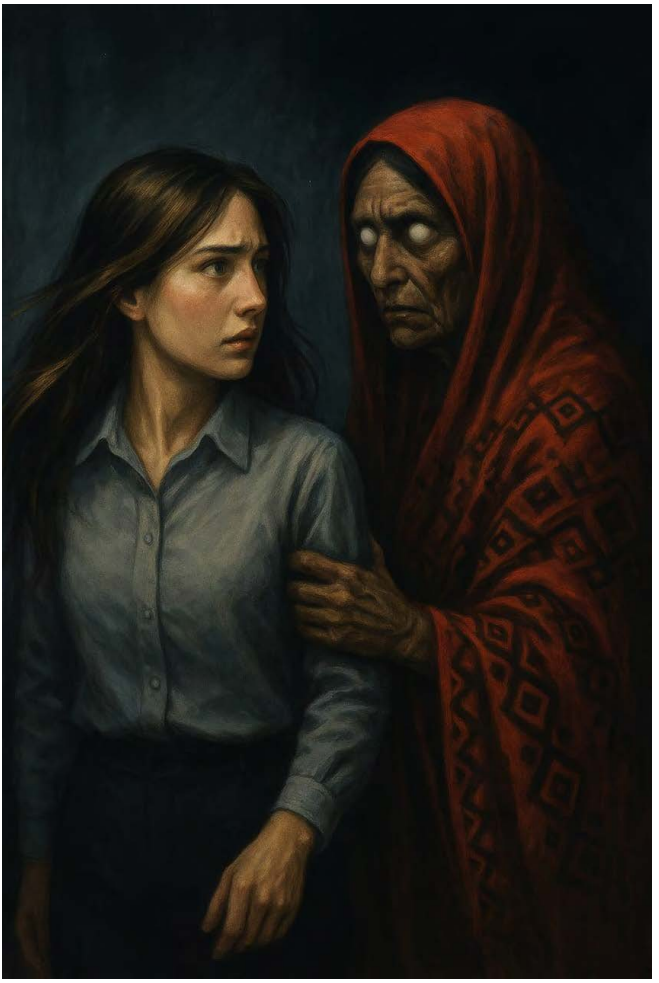
—Qué linda la niña que estaba en el cuarto de al lado. Muy tranquila.

La mujer se quedó pálida. Su expresión cambió de inmediato. Llamó en susurros a otra señora, hablaron en voz baja.

—Ese cuarto está sellado. Nadie entra ahí desde hace años —me dijo finalmente, evitando mirarme.

Me pagaron más de lo habitual. No insistieron en explicaciones. Solo me pidieron, casi con súplica, que no volviera nunca más. Y así lo hice. Esa fue mi última fiesta.

¿Quién se lleva mi cabello?



Hace tres años, trabajaba en una institución dedicada a atender a niños en situación de calle. Mi labor era acompañarlos, alimentarlos, brindarles cuidados básicos y ofrecerles educación y recreación. A menudo salíamos a recorrer el casco

central, tratando de captar a nuevos niños en situación de vulnerabilidad.

Durante ese tiempo, empecé a notar algo extraño: mi cabello comenzó a caerse de manera alarmante. Se me formaban huecos en el cuero cabelludo. Los médicos me decían que era estrés, y yo intentaba creerles, aunque muy en el fondo sabía que había algo más.

Una tarde, mientras caminaba con mi equipo por una calle del centro, una mujer me detuvo. Era una señora wayúu, vestida con una manta roja bordada con símbolos que jamás había visto. Me sujetó del codo con una fuerza sorprendente para su edad, y al mirarla a los ojos, me quedé paralizada: no tenía pupilas, solo un blanco brillante que parecía emitir un leve resplandor.

Entonces habló. No era español, era su lengua ancestral, pero de alguna manera... la entendía.

—Tú sabes que eso no es estrés —me dijo—. Tienes miedo porque sabes lo que hiciste. Toda mala acción tiene su castigo. Es una pena que pierdas tu atributo más hermoso... tu cabello. Pero claro, ellos te lo van a quitar. Y no hay medicina que pueda detenerlos.

No supe qué responder. Sentí un frío seco subirme por la columna. Miré a mi alrededor buscando a mi equipo, pero no había nadie. Volteé de nuevo hacia la mujer... y había desaparecido. Nadie la había visto. Ni una sombra, ni un rastro.

Desde entonces, las pesadillas no me abandonan. Y mi cabello nunca volvió a crecer igual.

Ella pactó con nosotros sin saberlo



Me desempeño como trabajadora social en un hospital, acostumbrada al dolor, al caos y a las urgencias cotidianas. Aquella tarde parecía una más, hasta que llegó una madre con su hija de aproximadamente diez años. La niña se había

caído en una piscina y tenía una profunda herida en la barbilla. Fue llevada de inmediato a la camilla en el área de enfermería.

La pequeña estaba sentada, con la mirada fija en la pared, pero algo en su rostro no encajaba. En cuestión de segundos, su expresión se transformó: su semblante se tornó oscuro, la piel parecía más pálida y sus ojos, vacíos, comenzaron a brillar con una intensidad antinatural. Su voz brotó como un gruñido gutural, y comenzó a hablar en un idioma desconocido, antiguo… maligno.

Lo más aterrador fue que yo la entendía.

Me acerqué, hipnotizada por ese lenguaje que jamás había escuchado, y sin embargo, comprendía. Ella —o lo que fuera que la habitaba— me miró directamente a los ojos y dijo con una calma escalofriante:

—Ella pactó con nosotros sin saberlo. Debe irse.

Respondí sin pensar:

—Es solo una niña. No sabe lo que dice.

Entonces, con una fuerza imposible para un cuerpo tan pequeño, la niña sujetó su propia cabeza con ambas manos y la giró con un crujido seco y definitivo. Su cuerpo cayó como un saco vacío sobre la camilla.

Grité. Me desmayé.

Desperté horas después. Una de las enfermeras me mostró un video que alguien había tomado con un teléfono celular. En él, yo me veía hablando con la niña… pero en ese mismo idioma imposible, con una entonación ritual. No sé qué dije. Nadie lo sabe. Tampoco sé qué fue lo que pactó ella o su madre, ni con quién. Pero esa niña ya no está, y yo... yo no he vuelto a dormir tranquila.

Pasillera



Aquella noche, el calor era insoportable. La brisa no corría y el aire se sentía espeso, como si la casa misma respirara con nosotros. La esposa de mi papá —con esa costumbre suya de hacer lo poco habitual en momentos inadecuados— decidió que cenaríamos en el jardín.

Sacamos la mesa, las sillas y servimos la comida. Éramos cuatro: mi hermana, mi papá, mi madrastra y yo. Nos ubicamos cerca de la entrada principal, con vista directa hacia la cocina, un cuarto con la puerta entreabierta y el pasillo que conectaba con la sala.

Entre cucharadas de arroz y trozos de carne asada, ocurrió.

Vi a una figura femenina pasar lentamente del cuarto hacia la sala. Era delgada, con un vestido blanco que arrastraba por el suelo y un cabello negro larguísimo que le cubría el rostro. No parecía caminar. Flotaba. Su silueta se deslizó frente a la puerta sin emitir el más mínimo sonido.

Me quedé paralizada. Apenas podía tragar.

—¿Tú… viste eso? —le susurré a mi madrastra.

Ella, con el rostro completamente pálido, solo asintió con los ojos llenos de terror. Nadie más parecía haber notado nada. Seguían comiendo. Hablando. Como si el aire no hubiese cambiado de golpe.

Esa noche nadie durmió bien.

Al día siguiente, sin poder resistir la inquietud, fuimos a preguntarles a los vecinos más viejos del sector. Una señora nos miró fijamente, como si ya supiera por qué estábamos allí.

—Esa casa… —dijo— Antes vivía ahí una familia italiana. Dicen que, cuando murieron, su última voluntad fue quedarse. Que no querían que nadie más tocara su hogar. Así que… los enterraron ahí mismo. En algún rincón. Bajo el piso. O en el jardín.

—«Ella —agregó— es la que se asegura de que nadie olvide que la casa todavía es suya».

Desde entonces, no importa cuántas veces limpie el pasillo o cierre las puertas por la noche, siempre siento que alguien me observa. Que esa silueta sigue allí, caminando… o mejor dicho, flotando, de un cuarto a otro, cuidando lo que alguna vez fue suyo.

Y cada vez que ceno cerca de la entrada, el aire vuelve a ponerse espeso. Como si respirara… conmigo.

La muerte en su rostro



Yo tendría como quince o dieciséis años cuando acompañé a mi mamá a uno de los cultos de santería que solía frecuentar. A decir verdad, nunca me sentí cómoda en esos espacios, pero por respeto a ella, fui. Desde que entramos, sentí las miradas pesadas, como si mis pasos dejaran huellas que no querían en ese lugar. Pero hubo una mirada en especial que me caló los huesos: la de una mujer que, al parecer, lideraba parte del ritual.

No me conocía, jamás me había visto, y aun así me clavaba los ojos como si yo le debiera algo. Me miraba con

un desprecio antiguo, como si supiera algo de mí que ni yo misma sabía. Hasta que llegó el momento.

La temperatura bajó de golpe. Los tambores seguían sonando, pero yo solo escuchaba mi respiración. La mujer se volvió hacia mí y, por un instante, su rostro cambió. No era humano. Vi a la Santa Muerte, con toda su presencia descarnada, majestuosa y aterradora.

La mujer abrió la boca y habló. No era español. No era un idioma que conociera, pero lo entendí perfectamente. Me dijo:

—No eres bienvenida aquí. Tú y tu absurda luz no doblegarán mi oscuridad.

Y yo, como si algo me poseyera, le respondí en el mismo idioma:

—Mi luz te incendiará.

No recuerdo más. Me desmayé o algo así. Horas después, mi mamá me explicó lo que pasó. Que el rostro de la mujer se desfiguró, que el fuego de las velas se alzó como si respondiera a mi presencia. Que yo hablé cosas que ninguna de las presentes entendía. Pero que todas, todas supieron que ese día… algo ancestral despertó en mí.

Desde entonces no volví. No me atreví.

No borres mis huellas



Hace años trabajaba en una tienda de ropa enorme, de esas donde parece que siempre hay algo que hacer. Aunque mi puesto era en caja, me tocaba acomodar ropa o trapear los

pasillos cuando no había clientes. Era un lugar exigente, que no dejaba espacio para quejarse ni un segundo.

Aquella noche, mientras pasaba el trapeador en la zona de los probadores, algo llamó mi atención: unas pequeñas huellas de pies sucios marcaban el piso blanco. Se me ocurrió que tal vez eran recientes, pero cuando quise limpiarlas descubrí que estaban prácticamente talladas, como si formaran parte de la losa.

Sentí un escalofrío y me obligué a dejarlo pasar, convenciéndome de que era una mancha vieja o un error del material. Sin embargo, a medida que avanzaba, la sensación de incomodidad crecía, como si esas huellas me siguieran con cada paso.

Después, en el almacén, mientras dejaba un montón de ropa que había quedado fuera de lugar, escuché el golpeteo de las pinzas de ropa colgando: un sonido seco y constante, como si alguien jugara con ellas. Mi corazón se aceleró y el sudor frío me empapó la espalda. Salí corriendo de allí sin mirar atrás.

Finalmente, fui a la oficina a buscar mis cosas. Quería huir, pero allí, sentada sobre el escritorio, estaba ella: la pequeña niña de la que tanto hablaban, con su cabello oscuro desordenado y sus piecitos colgando del borde del escritorio. La luz tenue resaltaba su piel pálida y sus ojos grandes, fijos en mí.

—¿Por qué quieres limpiar mis pasos? —me preguntó con voz suave, casi dulce, pero llena de algo antiguo y profundo— Esta es mi casa y todos tienen que saberlo.

Sentí que el aire se volvía pesado, como si la tienda entera respirara con ella. Supe, en ese instante, que no debía estar allí. Esa misma noche, renuncié. Y aunque el tiempo ha pasado, a veces, en mis sueños, todavía escucho su voz susurrándome, recordándome que los pasos de los muertos no se deben borrar.

Índice

Primera parte. El Ritual

El Ritual 11

Segunda parte. END: Ellos no duermen

Los monstruos no solo habitan debajo de la cama 17

Trenzas 21

Jeroglíficos 25

Alguien debajo de la cama quiere jugar 29

La última fiesta 31

¿Quién se lleva mi cabello? 33

Ella pactó con nosotros sin saberlo 35

Pasillera 37

La muerte en su rostro 39

No borres mis huellas 41

El Ritual
se imprimió en el mes de octubre de 2026
en la Organización Gráficas Capriles
Caracas, Dtto. Capital, Venezuela
son 300 ejemplares

VII BIENAL NACIONAL DE CRÓNICAS
ANTONIO CRESPO MELÉNDEZ
CRÓNICA - 2025



ALEANNYS MARÍA ARGÜELLO LÓPEZ

EL RITUAL

El Ritual es una historia breve que muestra parte del sincretismo venezolano. En este relato, la narración nos conduce a través de una experiencia extrasensorial que revela para su protagonista la epifanía de su vocación literaria. El gran personaje de este encuentro es el Negro Felipe, quien pone sobre el tapete una manera de asumir, cuestionar y relacionarse con el mundo. El lector compartirá la vivencia de un momento donde lo popular y lo religioso se conjugan para crear una atmósfera de misterio y fe.

ALEANNYS MARÍA ARGÜELLO LÓPEZ (Venezuela, 1998)
Es licenciada en Trabajo Social, egresada de la Universidad del Zulia. Realizó un Diplomado de Asistente Tecnológico Integral y participó en el Programa Gerencial para Organizaciones Comunitarias de la Fundación Empresas Polar. Ha cursado especializaciones en materia de Violencia basada en género y protección de niños, niñas y adolescentes. Como parte de este desempeño, trabajó en el Sistema de Protección de Niños, Niñas y Adolescentes de Maracaibo, como gerente de Redes Comunitarias.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

ISBN: 978-980-012-630-1

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
Ministerio del Poder Popular para la CULTURA

www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve